

# **UNA TERAPIA SIN CAUSA**

de Martín Arellano

## **Personajes**

Gustavo Cattáneo - Paciente

Walter Suárez - Psiquiatra

## ACTO PRIMERO

*Consultorio del Doctor Walter Suárez, Psiquiatra. Amueblado con buen gusto. A izquierda un diván, a derecha un escritorio muy ordenado. Atrás una biblioteca con gruesos volúmenes. La puerta de salida a izquierda, a derecha otra puerta que da al resto del inmueble.*

*Suena el timbre, desde derecha sale Walter, hombre de unos cincuenta años, bien vestido con camisa, pantalón de vestir y zapatos.*

*Abre la puerta e ingresa Gustavo. Tiene poco más de cuarenta años. Actúa con cierta ansiedad.*

WALTER – Buenas tardes.

GUSTAVO – Buenas tardes. Yo tenía consulta hoy con el doctor Suárez. ¿Usted es el Dr. Suárez?

WALTER – Es verdad. Adelante, lo estaba esperando. *(Se dirige al escritorio)* Usted es *(Mirando en la agenda)* Gustavo...Caetano?

GUSTAVO – Cattáneo, Cattáneo, Gustavo Cattáneo, con doble T. *(Walter corrige en su agenda)* Con doble T y tilde en la segunda A.

WALTER – Bueno, lo escucho.

GUSTAVO – ¿Así nomás?

WALTER – ¿Qué lo motivó a venir?

GUSTAVO – Perdón que lo interrumpa Doctor. Pero. ¿No tendría que estar yo en el diván?

WALTER – No necesariamente.

GUSTAVO – Ah! ¡Que lastima! Yo me había hecho la ilusión. (*Se queda mirando el diván*).

WALTER – Bueno, cuénteme. ¿Qué es lo que se sucede?

GUSTAVO – (*Sin dejar de mirar el diván*) ¿Eh?

WALTER – ¡Oiga!

GUSTAVO – Si, si. Disculpe. ¿Me decía?

WALTER - ¿Cómo están sus cosas?

GUSTAVO – A Dios gracias, no me puedo quejar de nada.

WALTER – Comentario poco frecuente para estar sentado en ese sillón.

GUSTAVO – Si, yo pensaba que iba a estar en el diván.

WALTER – No se preocupe. La próxima vez hacemos diván. Por ahora dígame. ¿Qué lo motivó a la terapia?

GUSTAVO - ¿Por qué?

WALTER – Eso le estoy preguntando.

GUSTAVO – ¿Lo qué?

WALTER – ¿El qué lo trajo aquí?

GUSTAVO – Yo vine solito.

WALTER – Justamente.

GUSTAVO – ¿Y entonces?

WALTER – Algo le estará pasando. Supongo.

GUSTAVO – Supone mal.

WALTER – Hábleme un poco del tema que quiera. No se. En lo laboral por ejemplo.

GUSTAVO – ¡Bárbaro! Por suerte, tengo con mi empleador una excelente relación. Buen ambiente laboral. Buenos compañeros. Una buena remuneración, un horario flexible. No me puedo quejar.

WALTER – ¿Nadie en su trabajo que le molestara alguna actitud?

GUSTAVO – ¡Sánchez! Que tipo alcahuete. No lo puedo ni ver. Conflictos con él a diario.

WALTER – Ve, ve. Allí encontramos un punto que a usted le puede generar alguna frustración en el trabajo.

GUSTAVO – Lo despidieron hace como dos años. No se que fue de la vida de ese sujeto. Nos quedamos todos tan contentos.

WALTER – ¿Su familia?

GUSTAVO – Todos bien. Le mandan saludos.

WALTER – ¿Cómo que me mandan saludos?

GUSTAVO – Si. Estaban tan contentos de que iba a empezar terapia que mi señora hizo un almuerzo especial y mis hijos me despidieron con ella en la puerta de casa y cuando estaba por la esquina sentí clarito la voz de mi señora: “saludos a Walter”

WALTER – Bueno, gracias. ¿Cómo es su relación con su señora?

GUSTAVO – ¡Genial! Nunca un “si” ni un “no”. Mi mujer es el ser mas espectacular del mundo. Dulce, tierna, apasionada, excelente madre, que más le puedo decir. Hace veinte años que estoy enamorado de ella.

WALTER – ¿Y con sus hijos? ¿Cómo es la relación?

GUSTAVO – Muy buena. El varón está en la facultad de arquitectura y la nena es una excelente estudiante.

WALTER – ¿Qué edad tiene la mujer?

GUSTAVO – Mariela cumple los diez y seis en agosto.

WALTER – Una edad muy difícil. Comienzan los conflictos, los enfrentamientos con los padres, en fin. ¿Quiere hablar de eso?

GUSTAVO – ¿Conflictiva? ¿Mariela? Ja ja. Como se nota que no la conoce. Es una ternura de chiquilina.

WALTER – ¿Y su suegra?

GUSTAVO – Bien, bien.

WALTER – ¿Cómo es su relación?

GUSTAVO – Es la madre de mi esposa.

WALTER – ¿Se lleva bien con ella?

GUSTAVO – Mi madre falleció cuando yo era muy chico. Ella vino a suplir su lugar. Es como una madre para mí.

WALTER – ¿Qué recuerdos tiene de su madre?

GUSTAVO – Los mejores. Cuando la recuerdo no me da tristeza. Solo me hace bien. Cuando nos juntamos con mi hermana nos gusta mucho hacerlo. Ella tiene diez años más que yo, por lo que recuerda mas cosas. Con Susana nos vemos poco porque vive en Buenos Aires.

WALTER – ¿En que ocasiones se ven con su hermana?

GUSTAVO – Ella viene para mi cumpleaños en abril y yo viajo en octubre para el de ella. Vive con Laura, su pareja.

WALTER – ¿Recuerda cuando se enteró que su hermana era lesbiana?

GUSTAVO – Hace mucho tiempo de eso. Conozco a Laura desde los diez años. Tengo cuarenta y dos, imagine. Es una hermana más.

WALTER – ¿Y desde ese entonces supo que Laura era pareja de su hermana?

GUSTAVO – Si. Mi madre me lo dijo y desde ahí me dejó claro que para ella y papá lo más importante era que Susana fuera feliz. *(Se quedan los dos en silencio por un instante. Gustavo mira nuevamente el diván).* No se olvide que la próxima es en el diván.

WALTER – No me olvido, no me olvido. *(Otro silencio. Walter mira su reloj)*

GUSTAVO – ¿Ya me tengo que ir?

WALTER – No, no. *(Silencio)* ¿Quiere ir al diván? *(Gustavo no responde e inmediatamente se traslada al diván, Walter se queda en el escritorio)*

GUSTAVO – *(Mirando el techo)* Uh, esa mancha de humedad. Cuando era niño vivía en una casa vieja y recuerdo que en los momentos de aburrimiento me entretenía mirando las manchas de la pared. Encontraba en ellas formas de personas, animales o cosas. Recuerdo un elefante, el perfil de un señor mayor, una mariposa, en fin, muchas cosas. *(Pausa)* Pero esto que tiene usted aquí doctor es realmente deplorable.

WALTER – *(Demostrando un poco de interés y yendo hacia la silla que esta a un lado del diván)* ¿Por qué? ¿Qué es lo que ve? *(Se mantiene sin mirar)*

GUSTAVO – No, no. No importa.

WALTER – Vamos, dígame que es lo que ve en esa mancha. *(Permanece sin mirar)*

GUSTAVO – Es una muchacha de unos veinte años practicando sexo oral con un hombre de cincuenta y pico. *(Walter mira inmediatamente para arriba)*. ¿Logra verlo?

WALTER – No.

GUSTAVO – Ella está a la derecha, la mancha grande es el pelo. El está a la Izquierda y tiene los brazos detrás de la cabeza...así *(Coloca las palmas de sus manos detrás de su cabeza)*

WALTER – *(Demostrando interés)* Ah! Ahora logro ver algo. Tiene razón. El tiene una pierna levantada.

GUSTAVO – No doctor. No invente. Esa no es la pierna.

WALTER – No puede ser otra cosa que la pierna.

GUSTAVO – No es la pierna doctor.

WALTER – Pero si, es la pierna. (*Pausa*) Usted esta queriendo decir que... nooo, de ninguna manera. No puede ser.

GUSTAVO – Si doctor. Es eso. Además, es muy chica para ser la pierna.

WALTER – Y es muy grande para ser otra cosa.

GUSTAVO – No tan grande. Un poquito más que lo normal.

WALTER – ¿Usted me está hablando en serio?

GUSTAVO – Claro que si. (*Pausa*) Ah! No me diga que usted... Uy, disculpe. Tal vez toqué un tema inapropiado.

WALTER – No diga tonterías. (*Se pone de pie y va hacia una jarra con agua, se sirve en un vaso y bebe*)

GUSTAVO – Vamos doctor, no tiene nada de malo. Tiene que sacarlo. No se lo guarde que es peor. (*Walter no contesta y se sienta nuevamente en la silla tratando de mantener la calma*) Es increíble, uno a usted lo ve tan seguro de si mismo, tan reposado, tan sereno y así como si nada, casi sin querer, sale un tema que es como criptonita.

WALTER – Y según usted. ¿Cuál es *su* criptonita?

GUSTAVO – No se cual es mi criptonita, pero la suya a mi jamás podría afectarme. No quiero quedar como un fanfarrón, pero bueno.

WALTER – Yo le pregunté por la suya.

GUSTAVO – ¿La mía?

WALTER – ¿Qué le hace daño?

GUSTAVO – (*Cambiando de tema*) Debería borrar esa mancha de humedad doctor. Queda muy feo doctor.

WALTER – Quiere terminarla con la mancha.

GUSTAVO – Bueno, Clark Kent. No se ponga así. Después de todo, el que tiene esa inmundicia en su techo no soy yo. ¿No?

WALTER – (*Luego de una pausa, mira nuevamente el techo*) Su interpretación de esa silueta es bastante caprichosa. A mi me sugiere más a un súbdito entregando una ofrenda a su rey.

GUSTAVO – ¿Eso ve? ¡Que mente retorcida la suya doctor!

WALTER – ¿Tiene alguna asignatura pendiente en materia sexual?

GUSTAVO – Nunca me lo pregunté.

WALTER – ¿Y si se lo preguntara? ¿Cuál sería la respuesta?

GUSTAVO – Bueno sería, estar respondiéndome cosas que no me pregunto.

WALTER – Hagamos una cosa. Hágame una pregunta cualquiera, lo primero que le venga a la mente y a partir de allí vamos a seguir trabajando en base a esa pregunta.

GUSTAVO – *(Luego de hacer una pausa en silencio y demostrando cierta incomodidad)* ¿Qué hora es?

WALTER – Aun quedan unos minutos de consulta. ¿Ya se quiere ir?

GUSTAVO – No.

WALTER – Entonces. ¿Por qué me pregunta la hora?

GUSTAVO – Porque usted me dijo que le hiciera una pregunta cualquiera. Fue lo primero que se me ocurrió.

WALTER – ¿Cómo era su padre? *(Gustavo queda en silencio y mira hacia el otro lado)*  
¿Por qué no quiere hablar de él? ¿Era un hombre severo?

GUSTAVO – No, no, no. *(Niega con un movimiento acentuado de la cabeza).*

WALTER – Vamos, cuénteme. ¿Tiene algo que reprocharle a su padre?

GUSTAVO – (*Notoriamente conmovido*) No, no, no.

WALTER – (*Con una sonrisa que se asoma en sus labios*) ¿Cuáles son los sentimientos que guarda para con su padre?

GUSTAVO – (*Llorando*) Papá.

WALTER – Bueno, tranquilícese.

GUSTAVO – (*Llora tapándose el rostro con sus manos*) Papito. (*Soltando una carcajada*). No se preocupe doctor, con mi padre está todo bien. (*Walter se levanta y vuelve a servirse agua*). Pero si usted hubiese visto el rostro de satisfacción que puso. Parece mentira, usted disfruta con las desgracias ajenas. No me pasa nada doctor, quédese tranquilo.

WALTER – (*A medida que transcurre este parlamento, va aumentando una histeria que al principio es controlada y al final termina siendo totalmente manifiesta*) Y entonces. ¿Qué lo motivó a venir a la consulta? No es que uno disfrute como usted dice. Pero tiene que comprender, cada persona que entra aquí, comienza a tirar un montón de cosas en total desorden, como si a uno le arrojaran en la cara un mazo de cartas, pero todas cortadas en pedacitos. Uno se tiene que tirar al suelo a juntar las partes para ver que tiene relación con qué, porque las cosas no encajan. La gente larga, escupe, vomita

todo lo que la pasa, pasó y peor aún, sospecha lo que le pasará. Mezcla datos interesantes e innecesarios, importantes con intrascendentes, pensamientos profundos y sentimientos totalmente frívolos. Uno tiene que luchar contra toda esa incoherencia y tratar de descifrar que es lo que le pasa al paciente. Porque algo le pasa y a veces el motivo manifiesto de la consulta no tiene nada que ver con el motivo real por el que esa persona está aquí delante mío. Pero algo le pasa, algo le pasa, algo le pasa.

GUSTAVO – (*Totalmente calmo*) ¿Usted hace terapia Doctor?

WALTER – (*Tranquilizándose*) Si. Claro que hago terapia. ¿Qué tiene eso que ver?

GUSTAVO – ¿La hace con usted mismo?

WALTER – Claro que no. ¿Cómo voy a ser yo mi propio terapeuta?

GUSTAVO – ¿Qué se lo impide? Usted tiene el conocimiento técnico para resolver esos problemas. Que dicho sea de paso, y no quiero ser duro con usted, pero es notorio que los tiene. (*Walter intenta hablar pero Gustavo lo interrumpe poniéndose de pie y caminando por el consultorio, continúa*). Bueno, como le decía, usted tiene el conocimiento técnico como para solucionarlos, o debería tenerlos. Por ejemplo, usted experimenta una fuerte angustia luego de levantarse día tras día. Indagando un poco en su memoria recuerda que esta fue provocada por alguna pesadilla que se reitera pero no puede recordar el contenido de la misma. Luego piensa en qué cosas de la niñez le quedaron pendientes. Entre muchas recuerda que su padre lo llevó, ante un reiterado pedido suyo, al zoológico, pero, y siempre hay un “pero”, no lo dejó ir a ver al elefante,

su animal favorito. Por fin recuerda que en el sueño usted veía a Dumbo siendo maltratado por los tres chanchitos. Y entonces se da cuenta que ese era el problema, conociendo el problema es un primer paso para encontrar la solución.

WALTER – Es usted un tipo realmente peculiar. Es imposible que yo sea mi propio terapeuta.

GUSTAVO – Reitero la pregunta. ¿Qué se lo impide?

WALTER – ¿Usted se imagina a un odontólogo curándose de una caries y colocando una amalgama en su propia boca?

GUSTAVO – Allí tenemos una dificultad adicional. Ya que un odontólogo para realizar dicha actividad debería ser odontólogo y contorsionista.

WALTER – Tome asiento. Hágame el favor de no dispersarse tanto.

GUSTAVO – Está bien, está bien. Mire, le voy a decir la verdad. Toda la verdad. Usted se preguntaba hace un rato cual era el motivo de mi consulta. Pues bien, el motivo de mi consulta es “nada”.

WALTER – ¿”Nada”?

GUSTAVO – Si, “nada”. Nada es lo que me pasa. Es por eso que vine a verlo. Nadie entiende lo que es que a uno no le pase nada.

WALTER – Pero. ¿A que se refiere exactamente con “nada”?

GUSTAVO – Nada. Una vida sin conflictos, sin sobresaltos. Ni en lo afectivo, lo económico, en las relaciones con todas las personas, en el trabajo, la familia, ni siquiera una pelea con los vecinos.

WALTER – Y eso. ¿Qué tiene de malo?

GUSTAVO – Ah, claro. Como se nota que estoy hablando con una persona que tiene su cabeza con más conflictos que El Congo.

WALTER – Bueno, bueno. Tranquilícese un poco y cuénteme bien que es lo que le pasa.

GUSTAVO – Al no pasarme nada, en realidad comienzan a ocurrirme muchas cosas. Como por ejemplo, usted sabe lo que se siente, jamás pero jamás ser el centro de atención en una reunión, que siempre sea uno el que tiene que estar escuchando, consolando, cobijando a todos, todos los conflictivos amigos que lo rodean a uno jamás tienen necesidad de escucharlo ya que uno nunca tiene nada para contar.

WALTER – Pero. ¿No le ocurren cosas buenas? ¿No me dijo que con su mujer nunca un “sí” o un “no”? ¿Que en su trabajo tiene una situación envidiable? Cuénteles eso.

GUSTAVO – Eso es aburrido doctor.

WALTER – ¿Por qué es aburrido?

GUSTAVO – Nadie quiere escuchar las cosas buenas que les pasa a la gente. Es mucho mas divertido que te cuenten la historia de un amor frustrado, un amor no correspondido, un abandono, o el conflicto con un vecino que le hace la vida insoportable. La mala relación con la suegra, me da vergüenza decir delante de mis amigos que me llevo bien con mi suegra. Nos juntamos con ellos y estoy todo el tiempo escucha que te escucha. ¿Y yo? ¿Cuándo voy a poder hacerme escuchar? ¿Cuándo poder encontrarme con mis amigos y contarles un problema?

WALTER – ¿Y qué es lo que espera haciendo terapia?

GUSTAVO – En primer lugar ya el hecho de hacer terapia me coloca a la altura de las personas conflictivas que conozco. Por lo menos van a sospechar que algo me está pasando y que no lo cuento porque soy un tipo muy reservado. Por otro lado, y este es el pedido especial que debo hacerle.

WALTER – Dígame. Lo escucho.

GUSTAVO – Quería ver la posibilidad de que usted comience a generar en mi vida conflictos.

WALTER – ¿Cómo se le ocurre semejante cosa?

GUSTAVO – ¿Por qué no? Así como usted puede ayudar a una persona a encontrar el camino para solucionarlos, también podría ayudar para hacer de su vida un poco más conflictiva y así más interesante, con más protagonismo en su entorno.

WALTER – Entonces su conflicto es la falta de protagonismo y no otro.

GUSTAVO – Le prohíbo que intente despojarme del único conflicto que tengo.

WALTER – Si lo único que quiere es contarle problemas a algún amigo, invente. Hasta puede ser divertido para usted.

GUSTAVO – ¡Doctor! No me gusta la mentira. Bajo ningún concepto sería capaz de mentir y de hacer sufrir a mis amigos por un conflicto inexistente. Yo lo que quiero es contarles cosas reales. Temas importantes que genere por ejemplo que cuando dos amigos míos se encuentren por la calle uno le diga al otro “¿Viste lo que le pasó a Gustavo?” (*Le observa con una sonrisa aguardando una aprobación*).

WALTER – No se si aceptar semejante propuesta. Éticamente no sería correcto.

GUSTAVO – Vamos doctor, no se haga el difícil. Si usted no me acepta como paciente, sería para mi algo muy negativo.

WALTER – Bueno, ya tiene algo para contarles a sus amigos. “Visité un psicoanalista y no me aceptó como paciente”.

GUSTAVO – Y mi vida seguiría exactamente igual.

WALTER – Sigo sin comprender que es lo que tiene de malo su vida.

GUSTAVO – También hay otro tema y esto tal vez le pueda interesar más. El evento más doloroso de mi vida fue cuando falleció mi madre y de esto han pasado ya casi treinta años. Desde ese entonces, mi vida no ha tenido ningún otro momento tan duro, pero tampoco ha tenido pequeños golpes a los cuales yo me tuviera que enfrentar. Lo cual puede ser algo muy negativo si nos ponemos a pensar que cuando lleguen, e indefectiblemente van a llegar, los momentos difíciles no voy a tener la más mínima idea de cómo afrontarlos. Si yo fuera, por decirlo de alguna manera “entrenado”, cuando llegue ese día todo va a ser mas llevadero. A esto hay que agregarle algo a favor, que es que, como estos conflictos van a ser generados por usted en terapia, también van a estar controlados por un especialista. Esto lo digo para que no se le vaya la mano y termine convirtiéndome en un asesino en serie. *(Suena el celular de Gustavo, atiende)*.  
Disculpe. Hola. Jorge. ¿Cómo estás? Bien, bien. *(Con cierta arrogancia)* En terapia. Si, sí, bueno después te cuento bien, ahora tengo que seguir con la consulta. Chau, chau.

WALTER – No debería entrar a la consulta con el celular encendido.

GUSTAVO – Eso quiere decir que me toma como paciente.

WALTER – Bueno, esta bien. Lo tomo como un desafío. Es un caso bastante particular. Y le puedo asegurar que aunque usted no lo crea, tiene una psicosis a la que hay que prestarle mucha atención.

GUSTAVO – Gracias doctor. ¿Lo dice en serio o solamente para hacerme sentir bien?

WALTER – Es verdad, es verdad. Estoy seguro que cuando comencemos a indagar en su subconsciente vamos a encontrar cosas realmente interesantes.

GUSTAVO – Que bueno. Usted me levanta el ánimo. Por otra parte, no hemos tratado el tema del costo y la frecuencia en la que usted considera necesaria la consulta.

WALTER – Es verdad. Le parece dos veces a la semana. (*Mirando la agenda*) Podría ser los martes y viernes a esta misma hora.

GUSTAVO – Bien. ¿Le parece suficiente?

WALTER – En caso de que considere que lo suyo necesita de más veces semanales, luego agregaríamos horarios.

GUSTAVO – Uy, esto se está poniendo lindo. ¿Y el precio de la consulta, Doctor?

WALTER – Serían dos mil pesos cada una.

GUSTAVO – Usted es brillante doctor.

WALTER – ¿Por qué lo dice?

GUSTAVO – Con lo que cobra, ya comenzó a generarme una angustia económica.

Brillante, brillante.

WALTER – ¿Nos vemos entonces el viernes a la misma hora?

GUSTAVO – Correcto doctor, correcto. (*Mientras camina hacia la puerta*) Muchas gracias. Muchas gracias. (*Sale*)

WALTER – Que tipo raro.

## **APAGON**

*En los apagones entre actos, se escucha la voz en off de Walter. En este caso como paciente en la consulta con su terapeuta.*

WALTER – *(En off)* ...un hombre bastante particular. Me plantea que no tiene problemas y que pretende que yo se los genere. Primero le digo que no, pero más tarde comienzo a dudar y termino aceptando. En algún sentido se burla de mí, o eso es lo que siento Doctor. Yo creo que por momentos me siento mal porque encuentro mis puntos débiles. En mí, en él, realmente no logro determinarlo...

## ACTO SEGUNDO

*Mismo consultorio. Walter se encuentra sentado en el escritorio leyendo un libro. El vestuario puede ser el mismo pero lleva puesto un sweater de lana con botones. El libro tiene que tener lo mas grande posible el titulo, de forma que en una sala teatral chica el publico logre leerlo. Este es "La insoportable levedad del ser" de Milán Kundera. Luego de leer unos instantes en escena, sorpresivamente Walter larga una estruendosa carcajada. Luego suena el timbre. Tentado se dirige a abrir la puerta. Antes de abrir, trata de mantener la compostura y deja de reír.*

WALTER – Buenas tardes Sr. Cattáneo. Adelante.

GUSTAVO – Buenas tardes, buenas tardes. ¿Cómo le va Doctor? (*Va directamente al diván*)

WALTER – Bueno, veo que está dispuesto a no perder el tiempo.

GUSTAVO – Con lo que cobra Doctor tendría que estar ingresando a un psiquiátrico en un par de meses. Pero bueno, veamos que es lo que puede hacer.

WALTER – Está bien.

GUSTAVO – Bueno, le cuento que ayer me reuní con mis amigos como todos los jueves, y como todos los jueves realizo su trabajo. Ya que se podría decir que soy el terapeuta del grupo. Pablo se fue con un incidente bastante serio con su señora, ya que esta lo acusa de un engaño con su secretaria, lo cual es mentira y esto lo ofendió mucho. Ya que el la engaña pero con una colega que tiene su estudio en el piso de arriba. Antonio, tiene problemas con su hijo de diez y ocho años, ya que es adicto a una droga de las pesadas. Y así Carlos, y también Fernando, todos con problemas importantes. Pero esta vez, ah esta vez no me agarraron con las manos vacías. Esta vez yo también tenía mi problema para contar. ¿Quiere que le cuente?

WALTER – Si.

GUSTAVO – Bueno, pero ponga un poco mas de entusiasmo. Si no le pone onda no vamos a llegar a nada y yo voy a salir de aquí exactamente igual a como vine. Sin ningún problema. Bueno, vamos de vuelta. ¿Quiere que le cuente Doctor?

WALTER – *(Tratando de demostrar algo mas de entusiasmo)* Se lo ruego.

GUSTAVO – “¿Se lo ruego?” ¿Esa es una forma de demostrar interés? Dios mío, se involucró más con la situación cuando me dijo “buenas tardes”.

WALTER – Bueno. ¿Me quiere contar o no?

GUSTAVO – El tema es que tuve un serio conflicto con mi señora. Resulta que como todos los miércoles a la noche vemos una película, un miércoles la elijo yo y al

siguiente le toca a ella. Este último miércoles me tocaba a mí por lo cual fui hasta el video y encontré reeditada en dvd una película de Harvey Keitel, mi actor favorito.

WALTER – Muy buen actor.

GUSTAVO – Por su parte ella, a la salida de su trabajo pasó por otra tienda de video y alquiló una película de su actor favorito William Hurt.

WALTER – También es un buen actor.

GUSTAVO – *(Hace una pausa y demuestra cierta molestia porque lo haya interrumpido nuevamente)* Llego a casa y ya había preparado todo. Vi en la pantalla del televisor el menú de su película y me molestó mucho. Me preparo para un conflicto con mi mujer como nunca tuvimos. Me acerco y le digo: “Hoy me tocaba a mí traer la película”. Entonces ella me dice: “No hay problema, sacá la que yo traje y poné la tuya”. Que manera de arruinarlo todo. Le dije que no, que ya estaba, entonces vimos la película de ella, luego me propuso de ver la mía, a lo cual me opuse.

WALTER – ¿Y le gustó la película?

GUSTAVO – Sí, claro que me gustó. ¿Como no me va a gustar si increíblemente era la misma película que yo había llevado?

WALTER – ¿Harvey Keitel? ¿William Hurt? ¿En qué película trabajaron juntos?

GUSTAVO – En *Cigarros*.

WALTER – Es verdad. La verdad es que no me acordaba.

GUSTAVO – Doctor. ¿Me va a seguir interrumpiendo?

WALTER – Disculpe. Continúe.

GUSTAVO – Menos mal que no tiene de paciente a Yamandú Marichal, no lo dejaría tranquilo con las preguntas.

WALTER – Y entonces, no logro comprender cual era el problema si usted había visto que la película era la misma.

GUSTAVO – Porque una oportunidad que tengo de tener una discusión con mi mujer no la voy a dejar pasar así como así. En fin, la cuestión es que mis amigos se quedaron en silencio, sin demostrar ningún interés. La conversación derivó inmediatamente en el problema de Carlos y el infarto de su señora. (*Cambiando de tema*) Ah! Quitó la mancha de humedad! Pero. ¿Solucionó el problema o simplemente le pasó pintura por arriba?

WALTER – Solo pedí que le dieran una mano de pintura.

GUSTAVO – Eso no es lo que se dice solucionar el problema doctor. Es como los conflictos que puedan tener sus pacientes. Espero que usted como terapeuta no dé

simplemente una manito de pintura. Porque de esa forma el problema sigue estando. Es como su pared, usted quiere olvidar esa imagen, porque tal vez le recuerde algo que no quiere recordar. Pero esa pintura no puede borrar esa caprichosa ilustración que usted sigue teniendo en su cabeza. (*Walter se pone de pié, y va a beber agua, Gustavo le sigue*) ¿Qué le sucede doctor? Vamos, cuénteme. ¿Qué es lo que oculta detrás de esa imagen que quiere vender de corrección y de buenas costumbres?

WALTER – Por favor Cattáneo, compórtese como corresponde y no me falte el respeto.

GUSTAVO – ¿Por qué no quiere contar sus problemas? ¿O reconocer que los tiene?

WALTER – Si los tengo o no, es un problema mío y no creo que sea con usted con quien los vaya a hablar.

GUSTAVO – Ah, que bonito. Y a usted le gustaría que yo le dijera lo mismo. ¿Qué tipo de relación es entonces la nuestra? (*Walter camina y Gustavo lo sigue*).

WALTER – (*Lo enfrenta*) Creo que es tiempo de que nuestra cesión termine por el día de hoy.

GUSTAVO – (*Se sienta en la silla que está a un lado del diván y queda en silencio*) No, no me voy. Discúlpeme, me he comportado incorrectamente. (*Queda cabizbajo, Walter se acerca y se sienta en el diván*)

WALTER – Vamos hombre, tampoco es para ponerse así.

GUSTAVO – ¿Le gusta su profesión doctor?

WALTER – *(Sin mucha convicción)* Si.

GUSTAVO – No lo noto muy convencido.

WALTER – Le digo la verdad. En realidad, es cierto, no estoy muy convencido de que esto es lo que hubiera querido ser si hubiera podido elegir a que me quería dedicar. *(Comienza a recostarse en el diván, Gustavo se recuesta en la silla, cruza sus piernas y apoya el mentón en su mano izquierda)*. Mi madre quería un hijo médico y como con mis hermanos no tuvo suerte puso todos sus esfuerzos en lograrlo conmigo.

GUSTAVO – Pero supongo que la especialidad si fue su elección.

WALTER – Si, tal vez porque es lo que más se parece dentro de la medicina a la profesión que me gustaba de joven.

GUSTAVO – ¿Cuál era esa profesión?

WALTER – Periodista.

GUSTAVO – Ya me lo imagino a usted diciéndole a un paciente: “¿Qué sentía cuando su padre lo golpeaba? No me conteste ahora y vamos a la pausa”. *(Ríe, luego advierte que Walter está muy serio y recompone su actitud)*

WALTER – Me siento frustrado. Nunca sentí ser un buen profesional. Hasta ahora la gente venía a la consulta planteaba el problema, se hacía preguntas como hablando sola y se contestaba, encontrando una solución. Entonces se iban contentos al darles el alta. Casi no tenía que intervenir. Con usted todo cambió. Cuando vino el martes, comencé a replantearme un montón de cosas referentes a mi profesión. *(Se incorpora en el diván, queda sentado y tapa el rostro con ambas manos quedando en silencio).*

GUSTAVO – *(Aparte)* Dios mío, que situación mas incómoda. *(Apoya una mano en el hombro de Walter. Suena su celular. Atendiendo)* Hola. ¡Carlos! ¿Cómo estás? *(Con arrogancia)* En terapia. Nada, nada. Después te cuento. *(Pausa)* Ahora no puedo, estoy consolando a mi Psicólogo.

WALTER – *(Corrigiendo)* Psiquiatra.

GUSTAVO – Psiquiatra, psiquiatra. Bueno te dejo. Si, si chau. Mandale un beso. *(Corta)* La esposa de Carlos está peor. Vamos a tener que trabajar duro si queremos que la reunión del próximo jueves sea un monólogo de este tipo.

WALTER – ¿Cómo puede hablar así? ¿No se compadece de la situación que está atravesando su amigo?

GUSTAVO – En primer lugar, Carlos no es mi amigo. Es un vecino de mi amigo que se metió en el grupo de atrevido. En segundo lugar, no le creo ni que la esposa esté tan mal, ni siquiera que él esté sufriendo tanto como dice. He llegado a pensar que inventó

todo esto solamente para generar ese protagonismo en las reuniones. (*Walter sigue sin escucharlo*). Termínela doctor, o ahora me va a quitar protagonismo usted también.

WALTER – (*Como tomando conciencia de la situación e incorporándose*) Tiene razón. Le pido disculpas. Por favor tome su lugar. (*Gustavo pasa con actitud de ofendido y toma su lugar en el diván. Walter termina de beber un poco de agua*). Vayamos directamente al grano.

GUSTAVO – ¿A que se refiere?

WALTER – Dígame usted en que tema le gustaría generar un problema.

GUSTAVO – ¿Me habla en serio doctor? ¿Puedo elegir?

WALTER – Esto no es muy ortodoxo que digamos, pero vamos a encarar el tema de lleno. Lo escucho.

GUSTAVO – (*Con entusiasmo*) No se. Me agarró un tanto de sorpresa. (*Piensa mientras camina con ansiedad por el consultorio*) Celos, discriminación, falta de autoestima, problemas de relacionamiento, distorsiones en la alimentación generadas por un problema estético, depresión, angustia, fobias, una personalidad introvertida o exageradamente extrovertida. No se, no se, el abanico es muy grande, todas las opciones son tentadoras. (*Piensa un instante y camina en silencio hasta el diván*) Ya lo se (*Se recuesta*)

WALTER – Lo escucho.

GUSTAVO – Quiero ser esquizofrénico.

WALTER – No diga tonterías.

GUSTAVO – ¿Y quien fue que dijo hace un rato que podía elegir?

WALTER – Dígame algo mas razonable. Por ejemplo, entre muchas cosas usted mencionó los celos. ¿No experimenta con su señora celos en ningún momento?

GUSTAVO – La verdad es que no, nunca experimenté celos de ningún tipo.

WALTER – Su señora nunca le habrá dado motivos para tenerlos.

GUSTAVO – En realidad siempre fui del pensamiento que la persona que es cornuda pero no se entera no sufre y también pienso que aquel que no lo es pero vive desconfiando sufre tanto o más de aquel que es cornudo y se entera. Y no se vaya a creer que no soy celoso porque mi señora no sea lo suficientemente atractiva como para no gustarle a otros hombres, para nada. Mi mujer es hermosa, atractiva, inteligente, sensual. Sin ir mas lejos, hace aproximadamente dos meses fuimos a un casamiento de un primo segundo de ella, al que casi no vamos porque no quería encontrarse con un ex, un tal Pancho, que no veía desde hace mas de veinte años y que según me dijo era el candidato ideal para ella, según la opinión de su madre. Al final, el sentimiento de culpa la decidió y fuimos. Mi señora tenía un vestido que le quedaba genial. La mirada de

todos los hombres fueron directamente a ella en el momento que ingresamos al salón. Al punto que un par de horas mas tarde venían a saludarme porque recién me habían visto. Cuando llegó el momento en que comenzaron a pasar la música vi que había un hombre muy bien parecido que miraba muy atentamente a Verónica.

WALTER – ¿Verónica es su señora?

GUSTAVO – (*Irónicamente*) No, es la suegra de mi vecino. Pero vamos doctor, siga el hilo de la conversación.

WALTER – Bueno, discúlpeme. Continúe.

GUSTAVO – Un rato mas tarde, este hombre estaba hablando con Verónica, (*aclarando*) mi señora. A mi no me importó para nada, tengo mucha confianza en ella como para hacerme mala sangre con esas cosas.

WALTER – Y ¿Quién era ese hombre?

GUSTAVO – (*Con un fingido desinterés*) No tengo ni idea. Tampoco me importa saberlo. (*Como aceptando saber*) Bueno si. Después me enteré que es un constructor amigo de su primo. Y como mi señora es arquitecta al tiempo encontré una tarjeta de él sobre la mesa del comedor. Un tal (*haciendo memoria*) Francisco Pereira.

WALTER – Pancho.

GUSTAVO – ¿Cómo dijo?

WALTER – Pancho. Digo, que a los Francisco le dicen Pancho. (*Gustavo queda en silencio y pensativo*). Sin duda estamos hablando de una casualidad.

GUSTAVO – (*Poniéndose de pie, camina sacando conclusiones*) No, que casualidad ni casualidad. Ahora entiendo. Entiendo por que su actitud extraña al salir del casamiento. Sospeché que era porque yo había tomado de más y poco más tarde le había vomitado en el vestido nuevo, pero no, ahora me doy cuenta de todo. Estaba rara porque se había reencontrado con su antiguo amor. Ella se estaba burlando de mí en mi propia cara. Yo lo mas tranquilo y ella con Pancho. Ahora entiendo por que su mirada extraña cuando le pregunté en el dormitorio quien era Francisco Pereira con la tarjeta en la mano. Pensé que era porque en ese momento la quería sorprender y llevaba puesta una sunga con una trompita de elefante. Pero no, ahora se que fue porque le estaba mostrando la tarjeta nada mas ni nada menos que de su amante.

WALTER – ¿No le parece que está sacando conclusiones un tanto precipitadas? (*Gustavo lo mira y Walter se da cuenta que su comentario estaba arruinando el objetivo de la terapia*) Discúlpeme.

GUSTAVO – Para nada, Hoy llego a casa y voy directamente al placard. (*Enojado*) Es un descarado. Algo imperdonable, un engaño, una mentira que puede llegar a mandar por la borda mas de veinte años de relación. (*Alegre*) Esta puede llegar a ser una noche memorable.

WALTER – No se haga ilusiones. Las mujeres encuentran respuesta para todo.

GUSTAVO – ¿Por qué lo dice? ¿Alguna vez le pasó algo así doctor?

WALTER – No creo que sea correcto de hablar de eso ahora.

GUSTAVO – Puede olvidarse por un momento de lo que es correcto o no es correcto.

Vamos, largue este cuento que me puede interesar mucho, además de que me podría ser muy útil. *(Quedan los dos por un momento en silencio, Gustavo en el diván, Walter en la silla. Luego de una pausa se ponen los dos de pie y con cierta torpeza se cambian los lugares)*

WALTER – Un buen día decidimos con mi esposa separarnos y ...

GUSTAVO – *(Interrumpiéndolo)* Disculpe, podría comenzar un poco más atrás. Para darme un panorama un poco mas amplio.

WALTER – Como no. Todo comenzó en un cumpleaños de quince en donde conocí a mi ex esposa...

GUSTAVO – No, no tan atrás. Más o menos.

WALTER – ¿Le parece bien desde que comenzaron los problemas en el matrimonio?

GUSTAVO – Perfecto.

WALTER – Bueno, hasta hace dos años con mi esposa iba todo bien hasta que un buen día comencé a encontrar alguna actitud extraña. Al tiempo me entero de que tenía un amante.

GUSTAVO – ¿Cómo se enteró?

WALTER – Llegué un día a casa, había salido antes del trabajo porque no me sentía bien, y los encontré metidos en la cama.

GUSTAVO – No le dejó mucho margen para la especulación. Y ¿Qué le dijo ella?

WALTER – Intentó convencerme de que eso había sido un evento afortunado, y que sin duda le iba a hacer mucho bien a nuestra relación. *(A partir de este momento el tono del relato se torna como el de quien cuenta una anécdota, o algo gracioso)* Pero lo mejor viene después. Al otro día, cuando salgo para ir a trabajar me dice que no me puedo ir sin resolver qué me iba a quedar yo y qué se llevaría ella de las cosas del apartamento. A lo que yo respondí: “llevate lo que quieras” y pegué un portazo. Cuando volví de trabajar, abro la puerta y me topo con la mirada de desconcierto de mi perro dentro de un apartamento totalmente desamueblado. *(Ríe)*

GUSTAVO – *(Quien también está tentado)* ¿No le dejó nada?

WALTER – Una mesa ratona, que obviamente la necesitaba para apoyar la nota que me había dejado.

GUSTAVO – ¿Y en la nota que decía?

WALTER – *(Totalmente tentado)* “Quedate con el Pochi, él te necesita”. Lo cual me demostró que me lo dejaba pensando en el perro y no en mí. *(Ríen los dos)*

GUSTAVO - ¡Qué gracioso doctor! Usted tendría que venir a nuestras reuniones de los jueves. Se convertiría en la envidia de todos en pocos días.

*Siguen riendo pero luego de un instante ambos van apagando las risas y quedan serios.*

WALTER – *(Poniéndose de pie y yendo a beber un poco de agua totalmente serio)* Por eso le decía, las mujeres pueden encontrar una explicación para todo. Y le aclaro, el tema no es la mujer, *(bebe)* el tema es la mujer casada, por algo se llaman esposas. *(Colocando ambas manos hacia delante a la altura de la cintura).*

GUSTAVO – Tiene razón *(Se coloca nuevamente en el diván)*. Voy a tener que estar preparado para una respuesta inesperada.

WALTER – Estar preparado o no, no tiene ninguna importancia. Cuando uno tiene una personalidad inferior a la de su contrincante siempre va a estar por debajo y nunca va a poder ganar. A usted se le nota.

GUSTAVO – *(Con actitud persecuta y mirando hacia todos lados)* ¿Qué se me nota?

WALTER – Que es inferior. Que su temperamento es débil. Que nunca va a poder ser lo suficientemente fuerte como para vencer a su mujer en ninguna discusión. Simplemente porque usted no sería capaz de enfrentarla cuando la situación amerite levantar un poco la voz, dar un golpe con la palma de la mano en la mesa, o simplemente un silencio que ella pueda interpretar como despectiva mas una retirada que la deje con una respuesta en la boca. Usted no sería capaz de determinadas cosas porque no tiene el carácter suficiente. Su corazón es muy blando como para resistirlo. Su alma demasiado frágil como para soportarlo. Cualquier respuesta de alguien lo dejaría a usted sin palabras, sin escapatoria. *(Gustavo termina llorando)* Disculpe. No quise ser tan duro con usted.

GUSTAVO – *(Mientras llora ridículamente)* Yo no soy débil, no soy débil. Bueno, tal vez un poco. *(Se calma un poco)* ¿Como voy a hacer para enfrentarla? Tengo la sospecha que ella tiene un amante y no tengo la personalidad lo suficientemente fuerte como para afrontar la situación y colocarme a la altura de las circunstancias. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? Para usted fue mucho más fácil. Simplemente un día abrió una puerta y su sospecha duró dos milésimas de segundo. Lo mío es mucho más complejo, tengo una leve sospecha pero que me genera una gran incertidumbre y una incertidumbre en mi carácter que casi me deja sin sospecha. Me engaña, me engaña. ¿Cómo enfrentarla?

WALTER – No se apresure tanto. Debería hablarlo con sus amigos primero. Ellos podrían ayudarlo.

GUSTAVO – Me gustaría hablarlo con Susana, mi suegra. Ella puede ayudarme también. Ya le conté que es como una madre para mí.

WALTER – ¿Su suegra? ¿Usted tiene la seguridad de que ella no sabe nada? Digo, como dijo que era un amigo de su primo, lo deben conocer de toda la vida. También dijo, si no recuerdo mal, que era el candidato que su suegra quería para la nena.

GUSTAVO – *(Con asombro)* Tiene razón. *(Mientras camina por el consultorio)* Casi lo había olvidado. Mi propia madre, la mujer que considero como una madre, la madre de mi esposa, mi suegra, esa víbora. ¡Que vieja de mierda! No lo puedo creer. Voy a tener que recurrir a mis amigos, no me queda otra. Ellos van a saber escucharme, comprenderme, aconsejarme como nunca tuvieron oportunidad de hacerlo. *(Se recuesta en el diván)* Estoy agotado. Que vida esta, llena de problemas. *(Sobreactuado)* ¿Por qué todo me tiene que pasar a mí?

WALTER – ¿Cómo dijo?

GUSTAVO – No se preocupe, no lo digo de verdad, pero es una frase que siempre quise decir. Soy conciente que esto es solo el principio. Un “algo” con lo que comenzamos, pero está dando resultado. *(Walter queda serio)* ¿Qué le sucede doctor?

WALTER – Nada. No tiene importancia.

GUSTAVO – Bueno, entonces podemos seguir trabajando.

WALTER – ¿Sabe lo que sucede? Que, como le dije anteriormente, es la primera vez que siento que hago algo por alguien como profesional.

GUSTAVO – Evidentemente está mejor preparado para arruinarle la vida a la gente.

WALTER – Si. El problema tal vez haya sido que eso se aplica no solo a la vida profesional, sino también a la privada.

GUSTAVO – Como sea. Nadie puede negar que lo hace muy bien.

WALTER – ¿Le parece seguir trabajando? Aun nos queda bastante tiempo.

GUSTAVO – Continuemos entonces.

*La idea es transmitir la sensación de transcurso de tiempo, con luces tenues y apagones no bruscos y encontrándose los personajes al volver la luz en distintas situaciones en la escena, sus voces no se escuchan ya que hay una música instrumental, sí los vemos moviéndose y haciendo la mímica de estar hablando. Esto ocurre tres o cuatro veces. Luego viene luz total y la música deja de sonar. Cuando ocurre esto Gustavo está tirado en el diván y Walter sentado sobre el escritorio. Quedan un instante en silencio.*

WALTER – *(Demostrando cierta satisfacción)* ¿Cómo se siente?

GUSTAVO – Perturbado.

WALTER – *(Mira su reloj)* Ya se puede retirar. Estamos en hora.

*Gustavo se levanta con cierta pereza y se dirige hacia la puerta.*

GUSTAVO – *(Que se queda inmóvil frente a la puerta, mirándola)* Dios mío. Me pregunto. ¿Qué me espera detrás de esta puerta a partir de este momento? ¿El mundo sigue siendo el mismo? Ha cambiado todo. O por lo menos eso es lo que siento y tengo dudas. Tengo la convicción de que todo sigue igual, pero mi perspectiva es la que ha cambiado. Tanto, que me da la sensación de que cuando salga me voy a topar con una realidad distinta. Hasta tengo dudas de si tengo que cruzar la calle con la verde o aguardar la roja para hacerlo.

WALTER – Cattáneo.

GUSTAVO – *(Gira para mirarlo)* ¿Si?

WALTER – Nada ha cambiado fuera.

GUSTAVO – *(Vuelve a mirar la puerta)* Si, pero...

WALTER – Cattáneo. Siga cruzando con verde.

*Gustavo abre la puerta y sale. Walter queda solo, pensativo. Luego de unos segundos se escucha el sonido de una frenada de auto.*

## APAGON

WALTER – *(En off)* *En mí, en él, realmente no logro determinarlo*, y en realidad por momentos me causa gracia, pero por otro lado experimento angustia esos días. Pero una angustia extraña. Es raro, no podría decir que sucede algo horrible, pero sí me deja esa sensación. Todos los días, al despertar, es lo primero que recuerdo. Y podría decirle que durante toda la mañana no me lo puedo sacar de la cabeza.

## ACTO TERCERO

*Walter se encuentra de pié tomando un café, ingresa Gustavo con pilot en tonos de rojo y amarillo, y paraguas. Se saca el pilot con cuidado ya que se encuentra notoriamente mojado.*

WALTER – Buenas tardes.

GUSTAVO – Buenas tardes. ¡Qué tiempito eh!

WALTER - ¿Llueve?

GUSTAVO –*(Lo queda mirando en silencio por un instante sin contestar)* No, me disfracé de bombero. *(Mientras deja en un perchero el pilot)* Pero Doctor. ¿Usted no mira por la ventana?

WALTER – La verdad es que no me di cuenta. Estoy aquí desde las nueve de la mañana y a esa hora no llovía.

GUSTAVO – Bueno, vamos a lo nuestro que no tengo tiempo para conversaciones climatológicas. Ya hablé de la lluvia con mi vecina, el taxista, el portero de su edificio, etcétera, etcétera. Ya está. Ya dije todo lo que tenía para decir sobre el tema.

WALTER – Bueno. Muy bien, lo escucho entonces.

GUSTAVO – Ah! Un solo comentario antes de comenzar la consulta.

WALTER – Dígame.

GUSTAVO – ¡Qué tiempo de mierda! Y lo que más me da bronca es que ayer en el informativo anunciaron: “*pasaje de nubosidad*”. O sea que yo me mojé hasta el caracú por un simple “pasaje de nubosidad”. Bueno, no importa, a lo nuestro.

WALTER – A lo nuestro entonces.

GUSTAVO –(*Luego de una pausa observando a Walter*) ¿Está bien Doctor? Lo noto un poco tenso.

WALTER – No, no, para nada.

GUSTAVO – Bueno. Tengo buenas noticias para contarle. Mis amigos se quedaron fascinados con todas las cosas que conté en la última reunión. Ah! De paso le comento que la esposa de Jorge está mucho mejor. Parece que ni siquiera fue un infarto lo que tuvo. Dios mío, como miente la gente. Bueno, les conté todo, el entusiasmo fue generalizado. Comenzaron a opinar todos, a hacer conjeturas con respecto a si mi suegra sabía o no sabía. De si mi esposa era capaz de semejante actitud. Llegó un momento en el cual los notaba tan entretenidos e inconscientemente agradecidos por darles tema de conversación que no lo podía creer. Por primera vez yo era el protagonista de todas las conversaciones, de todas las opiniones, el destinatario de todos los consejos. Me los imaginaba llegando a sus casas y contándole a sus esposas sobre Gustavo y sus

problemas. El pobre Gustavo, al que le pasa de todo, al que hay que apoyar, consolar, escuchar, porque existe una conspiración en su contra.

WALTER – ¿Y con su familia?

GUSTAVO – El domingo, como todos los domingos fuimos a lo de mis suegros a almorzar. A la yegua de mi suegra la saludé secamente y me quedó mirando. Poco mas tarde cuando estaba con mi suegro preparando el asado, le lancé una frase que yo estaba seguro, lo iba a escandalizar, “tu mujer es una mierda” le dije, mientras el acomodaba los chorizos en la parrilla. Se quedó duro, comenzó a girar lentamente y me pidió que lo acompañara a la cocina, obviamente no quería hacer una escena delante de las mujeres y los chiquilines. Cuando llegamos, me pidió que le repitiera con las mismas palabras lo que le había dicho en el patio, porque, según dijo, no sabía si me había entendido bien. Me armé de valor y le dije: “que tu mujer es una mierda”, dio un par de pasos para ponerse frente a mí, y allí, entre la heladera y la mesada nos fundimos en un abrazo. Tenía los ojos empapados por la emoción el veterano. *(Reconstruyendo el abrazo)* Yo lo abrazaba y le decía al oído: “vamos sonso, no se me ponga así”. En fin, me tocó el mejor corte del asado y después el viejo sacó una etiqueta azul que tenía reservada para las bodas de oro. La mirada de la vieja destilaba veneno al verlo hacer eso.

WALTER – ¿Y su señora?

GUSTAVO – ¡Ah! En cuanto a mi mujer, le cuento que el miércoles me tocaba a mí alquilar la película. Todo se desarrolló con total normalidad hasta el final. No entendió por qué lloraba cuando Glenn Close le decía a la esposa de Michael Duglas que era su

amante. Es que me quebré, no lo pude evitar. Me siento emocionalmente inestable, todo gracias a usted doctor.

WALTER – Bueno, usted tiene parte de responsabilidad.

GUSTAVO – Vamos, doctor. No sea humilde. El merito es todo suyo. (*Walter adopta una actitud de satisfacción contenida*) Lo digo de verdad, sin usted nada de este verdadero desastre en que se está convirtiendo mi vida hubiera ocurrido.

WALTER – ¿Y en su trabajo? ¿Cómo van las cosas?

GUSTAVO – (*Con cierta vergüenza*) No, en ese aspecto, sigue todo bien.

WALTER – ¿Son muchas personas con las que usted trabaja?

GUSTAVO – No, seremos en mi sección, seis o siete. Nos llevamos tan pero tan bien, el trabajo es algo muy disfrutable para mí.

WALTER – Sin duda, porque le agrada la tarea que realiza.

GUSTAVO – No, en realidad me hubiera querido dedicar a otra cosa. Pero bueno, ya está. Con la edad que tengo, cambiar, lo tengo asumido, sería muy difícil.

WALTER – ¿No le inquieta en lo mas mínimo hacer lo mismo todos los días?  
¿Levantarse cada mañana y saber que va a estar allí durante nueve horas, a hacer lo que

viene haciendo desde hace tantos años? O tal vez pensar que por lo menos durante veinte años más va a seguir, todos los días, la misma rutina, los mismos trabajos, las mismas funciones. ¿No le inquieta realmente? Bueno, esto tal vez tenga una obvia explicación. Debe estar usted muy bien remunerado.

GUSTAVO – *(Algo dubitativo)* No crea que tan bien. No es que me queje, pero podría estar mejor. Veo la vida que lleva Fernando y no puedo creer todo lo que hace.

WALTER – ¿Fernando? ¿Quién es Fernando?

GUSTAVO – Ah, Disculpe. Fernando es un compañero con el que hacemos todo en nuestra sección. Somos los que hace más tiempo que estamos en la empresa. Pero claro, él gana mucho más que yo.

WALTER – Es lo que tiene la antigüedad.

GUSTAVO – No. Si yo entré a la empresa antes que él. *(Luego de este comentario quedan en silencio, mirándose).*

WALTER – Tiene que haber alguna explicación.

GUSTAVO – Tal vez sea porque Fernando esta casado con la hija del dueño.

WALTER – Ah. Comprendo. Esta indirectamente ayudando a su hija. Es para que lleve una vida más decorosa. Es normal que los padres piensen en sus hijos.

GUSTAVO – Si, claro. Es verdad. (*Queda en silencio durante algunos segundos*) Pero también es verdad que trabajamos los dos por igual, tenemos la misma antigüedad, los mismos conocimientos. ¿Por qué él tiene que ganar mas, tanto mas, solamente porque tuvo el estomago suficiente de encamarse con la hija del dueño? Es injusto. ¿No es cierto doctor?

WALTER – Esas cosas pasan siempre.

GUSTAVO – Y además me tengo que bancar que esté todo el día hablando por teléfono con la mujer. Bichito esto, bichito lo otro. ¿Bichito? Y claro, para mí le llama bichito en sentido literal y obvio. Pero ella se piensa que es una expresión muy tierna de su esposo. Que el dueño le pague a Fernando un sueldo como esposo de la hija y en esa tarea obviamente me parece que corresponde estar muy bien remunerado, pero que no se lo pague por lo que hace en la empresa. Porque eso le hace creer que él es mejor que los demás. Lo justo sería que le pague lo mismo que a mí por el trabajo que hacemos y que después le pague por ir a su casa y darle la oportunidad a la inútil de su hija de tener una familia y cumplir con los convencionalismos sociales. Pero que le de un recibo que diga: Cargo: “Cónyuge de hija”, y que lo jubile antes si quiere, por trabajo insalubre. En realidad reconozco que la culpa no es de Fernando. La culpa es de mi empleador. Lo de Fernando es reprochable desde el punto moral, pero eso a mi no me importa. Aunque me molesta su actitud petulante de los últimos años. Nunca me había puesto a pensar en todo esto, ahora lo veo, y me genera mucha rabia. Cuando llegue mañana voy a comenzar a cambiar mi actitud. Héctor nos conoce a los dos desde que entramos a la empresa con solo diez y ocho años, viejo miserable, explotador, racista.

WALTER – ¿Por qué dice racista? ¿Ha demostrado alguna actitud que delatara discriminación en su empresa?

GUSTAVO – No, pero con lo que estoy engranando termino sacando algunas conclusiones. Por ejemplo, hace tiempo que esta un tanto distante conmigo y sospecho que fue desde un día que me preguntó de que parte de Italia provenía mi apellido, cuando le dije que era de Perugia noté que no le gustó nada. Pienso que tal vez sea porque su apellido es Romano. Por eso su odio enconado contra todos los empleados que tenemos apellido de Perugia y no nos casamos con ninguna de sus cuatro hijas. Corro un serio riesgo al pasar tantas horas al día con un tipo que guarda tanto rencor.

WALTER – Bueno. No exagere.

GUSTAVO – ¿Que no exagere? Hay que prestar atención a estas cosas doctor. Después es tarde señalar con el dedo a los genocidas.

WALTER – ¿Qué piensa hacer?

GUSTAVO – Por ahora debo disimular lo más posible y fingir que nunca me percaté de su actitud de desprecio para conmigo, no puedo hacer otra cosa. Pero a medida que el tiempo transcurra voy a comenzar a hacerle frente.

WALTER – No le da temor perder el trabajo.

GUSTAVO – No puedo permitir que se me destrata de esa manera. Tengo que luchar por mis derechos. Justo ahora me pasa esto, en el momento de mi vida en el cual estoy más sensible con todo. Si pierdo el trabajo no importa, al final se hará justicia. Ya me arreglaré de alguna forma.

WALTER – La plata va y viene. Mientras se tenga salud.

GUSTAVO – *(Le observa como si Walter hubiera sacado un tema terrible, durante los próximos parlamentos se lo ve notoriamente emocionado)* De ese tema justamente quería hablar con usted. Por primera vez, un elemento externo a la consulta viene a generar un desequilibrio emocional en mí. Por primera vez me siento confundido. No duermo por las noches pensando por primera vez en la muerte. Me hago preguntas existenciales. Pienso en mi familia sin mí. Siento unos deseos enormes de llorar de rabia, de impotencia y no puedo. Usualmente una persona de mi edad no piensa en la muerte. Pero el momento que atravieso ha dejado impregnado de ese tema mi cabeza.

WALTER – ¿Qué sucede Cattáneo?

GUSTAVO – La semana pasada visité al médico por unas molestias que tenía. Me mandó hacer unos análisis. Luego fui a retirar los resultados, el impacto fue tremendo cuando abrí el sobre y me encuentro con semejante noticia.

WALTER – ¿Nadie lo acompañó?

GUSTAVO – Fui solo. No quería preocupar a mi familia. Bastante tienen con mi situación emocional como para preocuparlos aun mas con un tema como este. Cuan dura puede ser la vida cuando golpea de esta forma.

WALTER – (*Preocupado*) Cutáneo. ¿Quiere contarme qué es lo que tiene?

GUSTAVO – Hemorroides.

WALTER – (*Enojado*) ¿Hemorroides? No creo que pueda ser considerada una enfermedad terminal Cutáneo.

GUSTAVO – Que fácil es opinar sobre el dolor ajeno. Usted no sabe lo que se siente. Esa vergüenza. Tener que ocultarse de todo el mundo. Que a uno lo inviten a sentarse y decir que no, que tiene ganas de quedarse de pié. Porque no voy a estar llevando para todos lados ese almohadón con forma de salvavidas. El otro día nos llamaron porque había fallecido una tía abuela de mi señora, lo tuve que llevar porque la idea era quedarse toda la noche y estaba dolorido. Llegué al velatorio y saludaba a los hijos de la difunta con el almohadón en el brazo izquierdo como llevan los motociclistas el casco. Además de que está todo rayado porque las amigas de mi hija me lo llenaron de firmas como si fuera un yeso. Pero lo peor vino después, cuando el gracioso de mi cuñado me lo pinchó, porque es inflable. Salió disparado en plena sala velatoria, dibujando en el aire una pirueta y emitiendo un sonido fácil de imaginar. Todo el mundo se ofendió conmigo y terminé llevando el bendito almohadón a un bicicletero para que lo arreglara.

WALTER – ¿Le avergüenza tener esta enfermedad?

GUSTAVO – No es que me avergüence el tener la enfermedad. Es molesto y me preocupa desde el punto de vista de la salud. Pero el tema es lo que piensa la gente cuando se entera. Lo que imagina. Cuando a alguien le dicen que Fulano tiene lumbalgia la gente se lo imagina caminando con una leve inclinación en la cintura. Cuando le cuentan que tiene un esguince lo imaginan cojeando. Pero cuando le dicen “hemorroides”, ah cuando dicen hemorroides lo imaginan a uno en la circunstancia más degradante en la que lo pueden imaginar.

WALTER – Defecando.

GUSTAVO – Muy bien doctor. Hoy lo noto realmente concentrado. A esto se suma lo de los análisis que tuve que hacerme. Cuando llegué a la consulta y vi al médico que me iba a atender, un sudor frío me recorrió la espalda. Medía como dos metros y cada dedo suyo me recordaba la mano de Punta del Este.

WALTER – ¿Y la muerte que le sugiere? ¿Le teme?

GUSTAVO – No. No es que le tema. Me genera solamente un poco de pánico mezclado con algo de alarma y angustia existencial. En realidad no es que me preocupe estar muerto. Lo que me preocupa realmente es todo el proceso previo en el cual uno se va acercando a la muerte, hasta que la misma se haga efectiva. Después de eso no pienso hacerme mala sangre por nada.

WALTER – Todos los hombres son mortales.

GUSTAVO – Me deja mucho mas tranquilo. En realidad lo que me puede generar mas angustia no es la muerte en forma genérica, sino algunas muertes.

WALTER – Eso debe estar vinculado más con el miedo al sufrimiento que a la muerte en si.

GUSTAVO – Por eso prefiero una muerte un tanto sorpresiva.

WALTER – Toda muerte es sorpresiva.

GUSTAVO – No es que uno sospeche que alguien se va a tomar la molestia de llamar del más allá para comunicarle que todo va a terminar. Me refiero a sorpresiva, en el sentido de no tener mucho tiempo para pensar.

WALTER – Usted tiene toda la apariencia de ser un hombre creyente. Si es así, no se tendría que preocupar tanto.

GUSTAVO – No me diga eso. Es una de las cosas que mas me preocupan. En realidad no creo en Dios y me siento un poco desamparado de toda contratación espiritual.

WALTER – Si Dios existe no creo que exija ningún tipo de fidelidad previa como para otorgar los beneficios que correspondan.

GUSTAVO – Ojalá usted tenga razón. Tengo miedo que cuando llegue me manden al infierno por no haber ido a misa y que al Goyo le den un tirón de orejas. No estoy preparado para recibir ningún reproche postmortem.

WALTER – Lo importante es tener la conciencia tranquila de haber actuado bien en la vida como para no tener remordimientos al momento de partir. ¿Usted siempre fue ateo?

GUSTAVO – No siempre. Recuerdo que cuando era niño iba con mi madre a misa. Luego, en mis épocas de universitario iba a la iglesia del Cordón porque allí estaba el santo de los estudiantes. Mientras mis compañeros le pedían al santo yo me quedaba en el medio de la iglesia pidiéndole a Dios. Es que siempre estudiaba tan poco para los exámenes que necesitaba de un verdadero milagro para aprobarlos y como consideraba que un empleado tal vez no tuviera la competencia suficiente, necesitaba hablar con el dueño.

WALTER – ¿Pero usted lo hacía realmente con fe de que eso lo podía ayudar?

GUSTAVO – En realidad no. Lo hacía solo para acompañar a mis amigos. Pero ya que estaba ahí, pedía. De última no perdía nada. No sea cosa que todo lo de la creación fuera verdad y uno se quedara sin solicitar ningún milagro. De todas formas siempre me pareció un tanto desconsiderado molestar a Dios por un simple examen. Mis amigos se enojaban cuando yo decía esto. ¿Pero usted se imagina doctor? Dios ocupado con las guerras, hambrunas, desastres naturales, crisis económicas de las naciones y que una secretaria le deje una carpeta cuya carátula sea “Aprobación de examen”. Si se enoja tiene todo el derecho del mundo.

WALTER – Tal vez por ese motivo existan los Santos.

GUSTAVO – Tiene razón, ahora entiendo por qué no me fue bien en los estudios, mis solicitudes quedaban traspapeladas por no seguir la vía procesal correcta.

WALTER – ¿Alguna otra actividad religiosa en su vida?

GUSTAVO – Me casé por iglesia y bauticé a mis dos hijos. ¿Usted considera que eso alcanza como para pasarla bien en el mas allá?

WALTER – Creo que sí.

GUSTAVO – ¿Usted se casó por iglesia?

WALTER – No.

GUSTAVO - ¿Hijos?

WALTER – Uno.

GUSTAVO – ¿Bautizado?

WALTER – No.

GUSTAVO – No quisiera estar en sus zapatos cuando se enfrente al todo poderoso. Pero volviendo al tema de mi enfermedad y vinculándolo con mi situación con respecto a Dios es que deberíamos encarar el tema para que yo, un eterno desconfiado de las leyes divinas comience a creer en algo.

WALTER – Creo que eso queda fuera de mi competencia.

GUSTAVO – Vamos doctor, conductismo. Si puede hacer que un tipo que le teme a los aviones se suba a uno en una semana, tiene que lograr que mi alma encuentre una salvación divina en un plazo similar.

WALTER – El tema es que yo también le temo a los aviones. Debería comenzar a encontrar otras personas que lo ayuden en ese tema.

GUSTAVO – No me interesa concurrir a ninguna congregación religiosa. Además, todas las religiones tienen algo con lo cual estoy en desacuerdo.

WALTER – Usted proviene de una familia Católica.

GUSTAVO – Me parece un tanto aburrida, aunque reconozco que tal vez me sirva, si es que me reconocen los años de antigüedad. Los evangélicos cantan mucho, y yo desentono bastante. Judío ni loco, no podría dejar acercar un bisturí a mi pene sin hacer un escándalo. Los Hare Krishna me caen simpáticos, pero no creo que me quede bien el corte de pelo, como no me gusta de los budistas el vestuario. Cristiano Ortodoxo tampoco, con el problema que tengo de salud como para ortodoxo estoy. Tal vez

ninguna me convenza, tal vez estén todas equivocadas. Creo que Dios debe ser mejor de lo que todos dicen. Por todo eso es que, luego de ser creyente, en una época fui agnóstico, es inaccesible para el ser humano el conocimiento del todo, era un neutral entre los creyentes y los ateos. Al tiempo me hice deísta, claro que Dios existía, pero nos creó y nada más. Obviamente, cuando vio el resultado de lo que éramos decidió hacerse humo. Lo defraudamos. Entonces como se fue, es que se explica que pase todo lo que pasa. Entonces termino siendo ateo. Vio doctor, termino siempre siendo ateo. Nunca voy a tener un lugar después de muerto.

WALTER – Bueno. ¿Para que quiere solucionar su muerte? Primero ocúpese de lo que nos atañe a nosotros. Ocupémonos de su vida que de su muerte se va a ocupar quien corresponda. Además usted mismo me dijo que no le preocupaba lo que ocurriera después de muerto.

GUSTAVO – Tiene razón. Hoy le voy a pedir que apriete el acelerador. No tenga compasión de mí. Ha hecho hasta entonces un excelente trabajo.

WALTER – Quisiera ver el relacionamiento que usted tiene con toda la gente y trabajar sobre eso. ¿Cómo se relaciona con las personas que se encuentra eventualmente o con las que ni siquiera conoce?

GUSTAVO – Nunca he tenido problemas en ese sentido. Supongo que debe ser porque la gente que veo poco o que interactúo excepcionalmente no tiene mucho tiempo de entrar en conflictos.

WALTER – O tal vez sea porque usted es una persona demasiado permisiva. Entonces no existen muchas posibilidades de confrontar. Piense, trate de recordar si en algún momento de su vida algo, alguna actitud de una persona que usted ni siquiera conocía le molestó y no lo manifestó porque consideró que era más fácil hacer la vista gorda.

GUSTAVO – Bueno, si. Si me pongo a indagar seguramente logre encontrar algo.

WALTER – Comencemos entonces. ¿Qué actitudes le molestan de la gente?

GUSTAVO – Por ejemplo, que lo empujen a uno para subir al ómnibus o que el chofer no se detenga en mi parada porque le queda más cómodo seguir de largo. Que el guarda le ponga mala cara porque uno paga el boleto con cien pesos y al otro día le ponga mala cara porque le paga con monedas. Pisar la caca de los perros que no son callejeros. No poder ir por la calle tranquilo sin que me estén pidiendo plata, cigarros o me quieran vender algo a prepo. No poder cruzar en una cebra tranquilo sin tener que arrancar la corrida en la mitad de la calle.

*Las luces van bajando lentamente y la música comienza a ganarle a la voz de Gustavo.*

## **APAGON**

WALTER – (*En off*) ...**no me lo puedo sacar de la cabeza**. Evidentemente me genera muchas cosas, evidentemente no es uno más, esos de todos los días. Sé que todos son diferentes y en todos tal vez podamos descubrir algo de nosotros. Pero este es especial, no solo por la temática, sino también porque incide en mi estado de ánimo ese día...

## CUADRO FINAL

*Walter se encuentra ordenando su consultorio y colocando algunas cosas en cajas, como quien prepara una mudanza. Suena el timbre. Mira su reloj.*

WALTER – Adelante. *(Ingresa por izquierda Gustavo. Walter, sorprendido)* Cutáneo.

GUSTAVO – Buenas tardes Doctor. Si, ya sé que hoy no es día de consulta. Pero necesitaba hablar con usted. Disculpe que lo moleste.

WALTER – No hay ningún problema. Dígame.

GUSTAVO – No estoy bien. Creo que esto se me ha ido de las manos. Mi vida se ha transformado en un caos total. Ninguno de mis amigos se animan a intervenir cuando nos juntamos para contar sus cosas, y solo pretenden que yo les cuente todo lo que me pasa. No tengo ganas de ir a trabajar. Con mi suegra la cosa sigue mal. Con mi esposa apenas si nos hablamos. Mis hijos viven su vida. Y para colmo de males, mi perro me quiso morder el otro día. El Toby. ¿Entiende? Con quien nunca tuve ningún problema. Por eso es que quería hablar con usted, aunque no fuera día de consulta.

WALTER – Lo escucho.

GUSTAVO – Quisiera emprender el viaje de retorno.

WALTER – ¿El viaje de retorno?

GUSTAVO – Si. El viaje de retorno. Un día le pedí algo, usted cumplió. Ahora le pido que me devuelva todo aquello que tenía. Sé que nada existe, que todo fue mi imaginación. Todos mis problemas, mis conflictos fueron creados. O mejor dicho, me da cuenta que los problemas, o a lo que llamamos problemas pueden estar o no estar. Depende de nosotros que lo veamos de esa forma o no. Sé que hay cosas graves que no tienen solución. Pero lo mejor es saber dimensionar las cosas y no exagerar la nota cuando no vale la pena. Ya va a llegar el momento para enfrentar problemas de verdad. Cuanto menos me amargue ahora, mejor voy a enfrentarme luego a los asuntos importantes.

WALTER – Existe un problema Cutáneo. Estoy retirado. Usted es mi último paciente.

GUSTAVO – Esta bien. ¿Qué va a hacer?

WALTER – Periodismo.

GUSTAVO – Es muy valorable que comience a estudiar nuevamente.

WALTER – No, no voy a estudiar. Me acordé que mi ex suegro, con quien conservo una excelente relación es director de una radio. Y bueno, me debe que le haya dado a su hija la posibilidad de cumplir con los convencionalismos sociales. *(Ambos ríen)*

GUSTAVO – Me parece bien. Le va a destruir la vida a todos los políticos que entrevistaste. Me alegro. Yo seré su último paciente, pero el trabajo no ha culminado.

WALTER – ¿Le parece comenzar ahora mismo?

GUSTAVO – ¿Puede ser en el diván?

WALTER – Como usted quiera. *(Se ubica cada uno en su lugar)* Lo escucho.

GUSTAVO – Todo comenzó hace aproximadamente un mes. *(Las luces comienzan a bajar lentamente)* Decidí ir a terapia. No tenía idea de ningún psicoanalista y comencé a indagar. Me recomendaron a muchos hasta que di con alguien que me dio su tarjeta con la advertencia de que no lo recomendaba ya que como profesional dejaba mucho que desear.

WALTER – ¿Como que dejaba mucho que desear? ¿Quién le dijo eso?

GUSTAVO – Bueno doctor. No empiece a interrumpirme.

WALTER – Bueno, no es muy lindo que a uno lo traten de inútil.

GUSTAVO – Pero. ¿Qué le importa ahora? ¿Usted se imagina que a Fernando Villar le importa que le digan que no era buen chofer de Cutcsa cuando ya era periodista?

WALTER – De todas formas no me gustó el comentario.

GUSTAVO – Bueno, bueno. No se ponga tan sensible.

*La luz fue bajando desde que se indicó, hasta este punto en donde se llega a un apagón total. Todo fue acompañado por una música instrumental que progresivamente fue aumentando hasta apagar totalmente la voz de los actores junto con el...*

## APAGON

WALTER – *(En off, ganándole la voz a los personajes en escena) ... sino también porque incide en mi estado de ánimo ese día.* Mi consultorio es distinto, y hay cosas que no tienen explicación. Evidentemente yo soy una mezcla de los dos. Y se repite, hasta que me dice que quiere volver. Y ahí, siempre en el mismo lugar, desaparece. *(Apagón)*

*Cuando vuelve la luz Walter se encuentra solo en el consultorio y acostado en el diván. Observa hacia todos lados como buscando a Cutáneo.*

## FIN DE UNA TERAPIA SIN CAUSA